

## **EL TEXTO BIZANTINO DEL NUEVO TESTAMENTO**

**M<sup>a</sup> Victoria SPOTTORNO  
C.S.I.C. MADRID**

La expresión "texto bizantino del Nuevo Testamento" no encierra matiz de "bizantinismo", al contrario, refleja la problemática muy concreta de la historia de la transmisión de esta obra plural y unitaria, que ha sido testigo o pauta en la evolución de nuestra cultura.

De los dos aspectos desde los que se puede enfocar el estudio del Nuevo Testamento —el ideológico-teológico y el textual—, el primero se ha abierto camino con más facilidad y ha ocupado el lugar preferente, mientras que el segundo ha quedado en un segundo plano; esto quizá sea debido a que la crítica textual no responde de un modo directo al interés religioso propio del Nuevo Testamento, razón a la que pueden añadirse los límites que la Iglesia haya marcado para la investigación en este campo. En España concretamente, nuestra tradición filológica bíblica, tan brillante en el siglo XVI, se ha visto sofocada por el conservadurismo y los procedimientos inquisitoriales; debemos, pues, los grandes avances al esfuerzo realizado en los últimos dos siglos por países de tradición protestante.

Desde que el Nuevo Testamento fue escrito en el siglo I, las copias se fueron sucediendo, y son más de 4.500 los manuscritos que han llegado hasta nosotros conteniendo, total o parcialmente, el texto neotestamentario. Lógicamente, pues, gran parte de la actividad desarrollada en el campo de la crítica textual, ha ido encaminada a organizar esta enorme cantidad de

manuscritos en grupos, y a estudiar e interpretar sus afinidades y discrepancias, con el fin de establecer conexiones cada vez más firmes entre los problemas del texto y la historia de su transmisión.

El Nuevo Testamento, más que cualquier otro texto de la antigüedad (a excepción quizá del Antiguo Testamento), ha sufrido desde épocas muy tempranas las incidencias de una labor editorial y recensional con la consiguiente proliferación de variantes y problemas textuales. El estudioso ha de enfrentarse con un sinnúmero de modificaciones, tanto intencionadas como accidentales, y, al mismo tiempo, con una serie de testimonios que no están al mismo nivel crítico: junto a las copias del texto como tal, se han de tener en cuenta los leccionarios, las citas de los Padres y las versiones antiguas, cada una con su propia tradición textual, que son a su vez el reflejo de uno u otro tipo de texto griego.

La búsqueda del "texto original" es, pues, compleja; se han de utilizar conceptos muy dispares y los criterios con frecuencia se entrecruzan; sin embargo, los esfuerzos por esclarecer el panorama textual no han sido vanos y en los últimos años se ha logrado establecer las bases para un tratamiento científico del texto.

Voy, pues, a trazar las grandes líneas que forman el marco en el que está situado el Texto Bizantino del Nuevo Testamento, cuya descripción y problemática es el objeto de esta comunicación.

Las comunidades del cristianismo primitivo utilizaron el Nuevo Testamento en su liturgia y oraciones y fueron elaborando sus propios "textos locales" a base de introducir variaciones, unas veces en relación con las ideas o el sentir de la comunidad y otras con la intención de mejorar el estilo o de armonizar la expresión. Estos "textos locales" arraigaron en ciudades como Alejandría, Antioquía, Cesarea, Roma, Cartago y Bizancio, y han podido ser identificados porque fueron utilizados por los Padres que vivían o estaban en relación con dichas ciudades. El desarrollo de estos "textos locales" —uno Alejandrino, otro Oriental con dos focos, otro Occidental también con dos focos, y uno Bizantino— dio lugar algo más tarde a los que hoy denominamos "tipos textuales"; en torno a ellos se agrupan la totalidad de los manuscritos existentes.

Durante cuatro siglos, pero muy especialmente desde el siglo pasado, una serie de trabajos sobre aspectos generales o parciales del texto han venido depurando los conceptos y haciendo evolucionar los criterios de clasificación de recensiones y documentos. Esta laboriosa tarea ha hecho posible que hoy podamos determinar tres tipos textuales cuya descripción es la siguiente:

1- Tipo Occidental: se remonta al siglo II. Está localizado en el sur de Europa y norte de Africa, incluido Egipto. Se trata de un texto significativamente divergente de los demás, con tendencia a la expansión, es decir, a utilizar paráfrasis y expresiones libres; pero al mismo tiempo, y en contraste con dicha característica, no contiene algunas palabras o frases que se

encuentran en los demás testimonios; son las que Wescott y Hort<sup>1</sup> denominaron "Western non-interpolations" y consideraron propias del texto original, precisamente por discrepar del carácter expansivo de este texto Occidental; otros críticos consideran estas ausencias textuales (deliberadamente evito la palabra "omisiones") como un elemento más de su peculiaridad o rareza, serían, en su opinión, lecturas aberrantes<sup>2</sup>. El códice de Beza es su principal representante.

2- Tipo Alejandrino. Texto que Westcott y Hort calificaron de "neutral" al comprobar que estaba más libre de correcciones y corrupciones, y, por lo tanto, más próximo al original buscado. Se caracteriza por su brevedad y sobriedad, es decir, suele presentar el texto más corto. Posiblemente se remonta al siglo II y podría estar en relación con la recensión de Hesiquio del siglo IV.

3- Tipo Bizantino. También llamado texto Sirio, Koiné, Esclesiástico o Antioqueno<sup>3</sup>. Es el más amplio y el más tardío. Una vez que llegó a Constantinopla se difundió por todo el Imperio, pero probablemente tuvo su origen en Antioquía de Siria, coincidiendo en parte con la recensión Lucianica. De su carácter y problemática trataremos más adelante.

4- Un cuarto tipo textual no tan claramente identificable es el Cerariense. Parece que tuvo su origen en Egipto a principios del siglo III y fue llevado a Cesarea por Orígenes. Presenta un texto mixto y sólo ha podido ser identificado en los Evangelios<sup>4</sup>. Tanto el texto Alejandrino como el Occidental<sup>5</sup> presentan lecturas de pureza indiscutible, aunque sobre este último se emiten juicios diversos y con frecuencia antagónicos; sin embargo, todos los críticos coinciden en reconocer el carácter corrupto y secundario del Texto Bizantino; en el momento actual ocupa un lugar inferior en la escala de valoración crítica, pero no siempre ha sido así; veamos cuál ha sido su evolución e historia.

(1) Críticos del siglo XIX que abrieron nuevas perspectivas en este campo neotestamentario. En el primer volumen de su obra *The New Testament in the Original Greek*, presentan el texto sin aparato crítico propiamente dicho, sino tan sólo con algunas variantes en los márgenes y un apéndice de lecturas rechazadas, todo ello acompañado de un resumen de las teorías que sustentan su edición, desarrolladas ampliamente en su segundo volumen.

(2) Ver "Note on Western Non-Interpolations" en B.M. METZGER, *A Textual Commentary on the Greek New Testament*, UBS, Londres - Nueva York, 1971, págs. 191-193.

(3) No en todos los autores una nomenclatura corresponde a un mismo contenido, p. ej. para J.L. Hug, la κοινή ἑκδοσις es el texto Occidental no corregido, al uso en el siglo III, revisado por separado por Hesiquio, Orígenes y Luciano.

(4) Para esta problemática remito al artículo de B. M. Metzger "The Caesarean Text of the Gospels", reproducido en *Chapters in the History of New Testament Textual Criticism*, Leiden, 1963, págs. 42-72, originariamente en *JBL* 44 (1945), págs. 457-489.

(5) Los principales testigos del texto Alejandrino son los códices Vaticano (B) y Sinaítico (Σ) y los Papiros 45, 46, 66 y 75; y del texto Occidental son el códice de Beza (D), algunos papiros, 20, 38 y 48, (sólo para los hechos de los Apóstoles), y las versiones antiguas Latina y Siriaca.

El Texto Bizantino, como todo texto antiguo, lleva consigo la historia de su tradición manuscrita y la historia de su texto impreso. En este caso concreto estas dos historias se desarrollan a través de tres etapas bien definidas: una primera etapa de formación, hasta el siglo XVI, que puede centrarse en Constantinopla aunque tenga su origen en Antioquía; una segunda, desde el siglo XVI al XIX donde el Texto Bizantino es protagonista, y una tercera, desde el siglo XIX a nuestros días, en que el Texto Bizantino pasa a ocupar un lugar muy secundario, es decir, queda relegado al aparato crítico de las ediciones del Nuevo Testamento griego.

### a) Origen, formación y carácter.

Herman von Soden, investigador de principios de siglo, en los estudios previos a su edición del Nuevo Testamento<sup>6</sup>, hace una clasificación minuciosa de los manuscritos entonces existentes, y en ella el gran grupo bizantino, al que denomina K (texto Koiné), queda dividido en diez y siete subgrupos, uno de ellos, el K<sup>1</sup><sup>7</sup>, conserva su forma más antigua; este primer estadio del texto Koiné es identificado por von Soden con la recensión Lucianica. Esta recensión llevada a cabo en siglo III-IV por Luciano de Samosata, fundador de la escuela antioquena, actúa sobre el texto buscando elegancia y claridad en el lenguaje, empleando perifrasas y aclaraciones que facilitarían la comprensión del texto. La presencia de dicha recensión ya había sido detectada un siglo antes por J. L. Hug en algunos unciales (E F G H S V), en la Peshitta Siriaca y en la mayoría de los minúsculos. En este tema son de sumo interés las observaciones de K. Lake sobre el texto Koiné de von Soden: tomando como base de trabajo 19 manuscritos de este grupo, identifica la recensión Lucianica con el grupo K<sup>a</sup><sup>8</sup> y considera que el K<sup>1</sup> es revisión de éste<sup>9</sup>.

Ciertamente en la base de este Texto Bizantino está la recensión Lucianica, sin embargo su proceso de formación fue más amplio, en él también se recoge la tradición manuscrita que se desarrolló en el área geográfica de Antioquía a Constantinopla y que se extendió durante la Edad Media por el mundo cristiano.

Teniendo en cuenta que en él se agrupan la mayoría de los minúsculos del Nuevo Testamento —y hemos dicho que son más de 4.500—, es tarea

(6) H. von SODEN, *Die Schriften des Neuen Testaments in Ihrer ältesten erreichbaren Textgestalt hergestellt auf Grund Ihrer Textgeschichte*, Gotinga, 1911-1913.

(7) Al que pertenecen los unciales Ω S V y unos cincuenta minúsculos.

(8) A este grupo pertenecen los manuscritos A K Π y unos cien minúsculos.

(9) Von Soden pensaba que el K<sup>a</sup> era revisión de la hecha a su vez por el K<sup>1</sup> sobre un texto del tipo Occidental (I en sus siglas). Ver K. LAKE, "The Caesarean Text of the Gospel of Mark. Excursus I, The Ecclesiastical Text". *HTHR* 21, 1928, págs. 338-357.

imposible intentar trazar una línea genealógica coherente. Son sus rasgos comunes los que cohesionan bajo el mismo epígrafe a tantos manuscritos que, por distintos cauces, coinciden en presentar las mismas características. Todos ellos recogen alteraciones propias de un texto evolucionado donde se refleja con nitidez el modo en que puede actuar sobre un texto la mano del tiempo.

Algunos de estos rasgos son, por ejemplo, las lecturas conflacionadas, es decir, la acumulación —total o parcial— de dos o más tradiciones, como ocurre en Mc 9, 38, donde dos textos: el Alejandrino (καὶ ἐκωλύομεν αὐτόν, ὅτι οὐκ ἠκολούθει ἡμῖν) y el Occidental (ὅς οὐκ ἀκολουθεῖ ἡμῖν καὶ ἐκωλύσαμεν αὐτόν) confluyen en el Bizantino (ὅς οὐκ ἀκολουθεῖ ἡμῖν, καὶ ἐκωλύσαμεν αὐτόν, ὅτι οὐκ ἠκολούθει ἡμῖν)<sup>10</sup>; o como en Lc 9,10, donde se mezclan las tradiciones: manuscritos alejandrinos y occidentales presentan, εἰς πόλιν καλουμένην Βηθσαιδά, o bien εἰς τόπον ἔρημον, ambas lecturas se funden en el texto Bizantino: εἰς τόπον ἔρημον πόλεως καλουμένης Βηθσαιδά.

Otro rasgo del Texto Bizantino es la armonización, es decir la acomodación de un texto a otro. Esto puede hacerse repitiendo expresiones similares de distinto autor, por ejemplo Mc 3.27, donde la variante οὐδεὶς δύναται de la mayoría de los manuscritos, frente a la del texto Alejandrino οὐ δύναται οὐδεὶς podría ser influencia de idéntica expresión de Mt 6,24. Sin embargo, estas armonizaciones suelen presentarse en los Evangelios, dentro de pasaje paralelos, unas veces se intercambian las lecturas que se encuentran en una parte de la evidencia manuscrita de los dos evangelistas como ocurre con ἰσχυσαν y ἐδυνήθησαν en Mc 9,18 y Lc 9,40, otras veces se adapta el texto a la expresión de uno de los sinópticos, como ocurre con la lectura bizantina ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν en Mc 10,14 y Lc 9,40 que corrige ἡ βασιλεία τοῦ θεοῦ de los demás manuscritos, según el mismo pasaje de Mt 19,14. Pero quizá el ejemplo que mejor refleje el comportamiento del Texto Bizantino es el de Mc 10,20 y Mt 19,20 en la réplica del joven rico: en Mc añade la pregunta de Mt, τί ἔτι ὑστερῶ; y en Mt añade a πάντα ταῦτα ἐφύλαξα, la aclaración de Mc, ἐκ νεότητός μου.

Propio también del Texto Bizantino, aunque más exactamente de la recensión Lucianica, son las correcciones aticistas sobre las formas helenísticas de los autógrafos, según la moda del momento, así encontramos ἔλαβον por ἐλάβοσαν, εἶπον por εἶπαν, ἐγένετο por ἐγενήθη, etc...

Estas características son el resultado de una serie de actividades editoriales que confluyen por caminos diversos hasta configurar este Texto

(10) He escogido las variantes que, con testimonios en cada uno de los grupos, dejan ver más claramente la conflación.

Bizantino, fácil y comprensible, que evita escollos y contradicciones, pero, como dice Hort, "apreciablemente empobrecido en su sentido y fuerza, más apto para ser leído rápidamente o para ser recitado que para ser estudiado repetida y diligentemente" <sup>11</sup>.

Pese al deterioro que desde el punto de vista crítico conlleva este texto, su victoria fue total; la fuerza cultural y eclesiástica de Constantinopla contribuyó a que, desde el siglo IX en el que ya estaba plenamente configurado, se multiplicara en innumerables copias, al tiempo que los textos más antiguos iban cediendo, de modo que el texto Constantinopolitano se vio constituido en texto oficial de la Iglesia Griega y llegó a considerarse de una manera un tanto acrítica como el texto original del Nuevo Testamento. De ahí pasó sin dificultad a ocupar un lugar preferente en las primeras ediciones impresas del siglo XVI. Este siglo está marcado por una intensa producción en el campo de la filología bíblica, sin embargo el objetivo de los editores todavía no se apartaba mucho del de sus antecesores los copistas: se trataba de divulgar el texto bíblico y que la liturgia y la teología, base de la cultura de la época, no carecieran de los ejemplares necesarios para el estudio y la oración.

#### b) Protagonismo. *Textus Receptus*.

La polémica de la Reforma, aunque no fue tan positiva en el sector católico, no hizo sino avivar la labor filológica en el sector protestante. Con algunas excepciones como la Políglota de Alcalá y la Biblia Regia de Arias Montano, debemos a los reformistas la realización de un sinnúmero de ediciones: cinco fueron las de Erasmo, otras tantas las de Robert Estienne, diez las de Théodore Beza <sup>12</sup> y varias también las de los hermanos Elzevir ya en el siglo XVII, por citar las personalidades más relevantes; todas ellas se basaban principalmente en manuscritos bizantinos <sup>13</sup>, y por lo tanto, aunque con diferencias, presentaban un texto común que los Elzevir en el prólogo de su segunda edición (1633) consagraban con el nombre de *Textus Receptus* <sup>14</sup>, y que

(11) B.F. WESTCOTT - F.J.A. HORT, *The New Testament in the Original Greek*, Londres 1881, vol. II, pág. 135.

(12) Cuatro en folio y seis en octava. La 8ª edición de 1565 sirvió de base a los Elzevir.

(13) La labor filológica de esta época no viene marcada por un criticismo riguroso, a pesar de que los editores apelaban a la gran antigüedad y perfección de los códices que utilizaban. La prisa en publicar explica que Erasmo basara su texto en sólo seis manuscritos tardíos (del siglo XII en adelante) que le fueron accesibles en Basilea, y parece que él mismo cubrió las lagunas del manuscrito empleado para el Apocalipsis (versos 16-21 del capítulo 22) con su propia versión griega a partir del texto latino; algunos estudiosos piensan que sólo fueron uno o dos los manuscritos que empleó. Asimismo son inciertas las fuentes de la Biblia de Alcalá.

(14) En ella dicen al lector: *Textum ergo habes nunc ab omnibus receptum, in quo*

estuvo vigente como *el* texto del Nuevo Testamento durante doscientos años, sobreviviendo a través de casi cien ediciones. Esto ocurrió así aun a pesar de la existencia, algo más tarde, de alguna corriente renovadora como la de Richard Bentley (1662-1742), que sugiere la conveniencia de sustituir el *Textus Receptus* por el de manuscritos más antiguos, o la de J. A. Bengel (1687-1752) que propone que se clasifiquen los manuscritos por familias. Esta idea fue secundada por Semler y su discípulo Griesbach, quien, a su vez, establece unos principios básicos para la selección de variantes, y publica un texto, reproducido en varias ediciones entre 1774 y 1806, que ya en muchas ocasiones se aparta del tradicional *Textus Receptus*. Poco después Karl Lachmann (1793-1851), recogiendo la idea de Bentley, publica un texto basado en los pocos unciales que tenía a su alcance, despreciando los minúsculos bizantinos que hasta entonces habían servido de base al tan respetado *Textus Receptus*.

### c) Decadencia.

Comenzaba, pues, una nueva era en la crítica textual neotestamentaria, y en ella el objetivo fundamental era aproximarse lo más posible al texto primitivo; sin embargo, el nuevo texto que vino a sustituir al *Receptus* no era anterior al que estaba en uso en las iglesias del siglo IV, y durante el siglo XIX las ediciones reproducen un tipo de texto Alejandrino, bien bajo la forma del códice Sinaítico (Σ), como en la edición Octava Maior de Tischendorf (1869), o del códice Vaticano (B), como en la edición de Westcott y Hort publicada en 1881. Es el momento de los grandes unciales y de los grandes estudios textuales. A nuevos descubrimiento, nuevas tendencias renovadoras, y entre éstas la más destacada fue la de Westcott y Hort. En el volumen que acompaña al texto del Nuevo Testamento, además de un estudio pormenorizado del estado de la cuestión, presentan un nuevo enfoque para el tratamiento de los textos neotestamentarios: se ha de evaluar en cada caso, tanto los datos externos al texto como los internos, es decir, los manuscritos en sí mismos por un lado, y la evaluación intrínseca y de transcripción por otro, esto es, lo que el autor probablemente escribió y lo que el copista probablemente copió; cada variante puede encontrar su explicación en otra, hasta poder determinar así la lectura más antigua, libre de corrupción y próxima al original. Este método llamado "genealógico" es teóricamente impecable y, de una u otra manera está en la base del procedimiento que actualmente se lleva a cabo, pero, como dice el mismo Hort<sup>15</sup>, "las irregularidades y ambigüedades ocasionales de los testimonios para las relaciones genealógicas dan lugar a más de una interpretación", por lo tanto en la práctica no es difícil caer en la incoherencia, es decir, en recurrir al testimonio

*nihil immutatum aut corruptum damus.*

(15) *Op. cit.*, vol. II, pág. 545.

de los mejores manuscritos o a encontrar apoyos mayoritarios, sin atender a la sentencia de una crítica rigurosa. Con todo, los textos que hoy manejamos tienen un valor crítico muy superior al de los siglos anteriores; los descubrimientos papirológicos han facilitado el camino ofreciéndonos testimonios que confirman la antigüedad de muchas lecturas y esclarecen la historia del texto<sup>16</sup>.

Nos preguntaremos qué lugar ocupa el Texto Bizantino en esta nueva configuración del panorama textual. En la casi totalidad de los casos, ha pasado a ser un elemento de apoyo, ya para el texto elegido, ya para el texto rechazado, es decir, aisladamente su valoración es muy baja; los editores rechazan sistemáticamente sus lecturas.

En la actualidad sólo una edición<sup>17</sup>, la de Zane C. Hodges y Arthur L. Farstad, sigue un criterio diferente, "busca las huellas del texto original en la gran masa de los documentos conservados. Esto se ha hecho sistemáticamente donde ha sido posible", según afirman sus autores en la Introducción<sup>18</sup>. Dicho procedimiento ha dado como resultado un texto muy semejante al *Textus Receptus*, pero no es al Texto Bizantino al que dan prioridad, sino al texto *mayoritario*, aunque lógicamente coincida con él en la mayor parte de los casos.

Hemos de concluir diciendo que, a pesar de todo lo hasta ahora expuesto, el Texto Bizantino como tal todavía no ha sido reconstruido de una forma rigurosa; el *Textus Receptus*, al estar basado en un escaso número de manuscritos, discreparía bastante del que hoy pudiera publicarse; pero la razón profunda de esta laguna podría descubrirse en el propio carácter de este texto, mosaico o conglomerado de otros muchos. El primer problema que plantearía su publicación es en qué estadio habría de reproducirse: ¿en el primitivo Lucianico o en el último desarrollado, o quizá en el estadio intermedio, final del Lucianico y anterior a su indiscriminado proceso "amalgamático"?... Quizá el proyecto exigiera un esfuerzo excesivo, sin embargo sería una aportación valiosa que ayudaría a girar la rueda de la crítica textual neotestamentaria en estos momentos algo endurecida.

(16) Así ocurre con algunas lecturas bizantinas, p. ej.: en Lc 11, 33 φέγγος (por φωτός) que está atestiguada en el P<sup>45</sup>; Jn 13,26 καὶ ἐμβάψας (por βάψας οὖν) en el P<sup>66</sup>, Ef 5,9 πνεύματος (por φωτός) en el P<sup>46</sup>, etc... (Ver B. METZGER, *Chapters in the History of New Testament Textual Criticism*, NTTS, Leiden 1963, pág. 38).

(17) Las últimas ediciones que reproducen el *Textus Receptus* son las de Oxford: la de Lloyd de 1889 reproducida en 1894 y la de Mill de 1900 que es reproducción de la de 1707.

(18) Z.C. HODGES - A.L. FARSTAD, *The Greek New Testament according to the Majority Text*, Nashville-Camden-Nueva York, 1982, pág. XIII.